

Rincón del libro

LUIS ARMANDO GONZÁLEZ Y JAIME RIVAS

Cañete Ochoa, J., Fernández Lanza, F., De Santiago, M. (Coords.): *Premios Cervantes. Discursos, 1976-1990*. Madrid, Quinto Centenario, 1992, 245 p.



Los buscadores empedernidos de libros —los compradores y lectores compulsivos— saben bien cuándo han dado con una joya literaria, es decir, con ese libro único entre muchos que, tras su lectura, deja un sabor vital que marca para siempre a

su dueño. Obviamente, cada lector tiene (y busca) sus propias joyas literarias —que son exclusivas suyas—, pero ello no excluye que otros —tan fanáticos de los libros como él— coincidan en reconocer méritos especiales a una misma obra. En otras palabras, *mis* libros predilectos pueden ser también los predilectos de los *otros*. Precisamente, es esta afinidad fundamental la que hace que dos espíritus se puedan hermanar intelectualmente, dando lugar a un diálogo fecundo entre ambos.

Entre los libros únicos y especiales, no cabe duda de que *Premios Cervantes. Discursos, 1976-1990* está llamado a ocupar un lugar destacado en la comunidad de los lectores. ¿Qué es lo que lo hace único y especial? Ni más ni menos que en el mismo se recoge la palabra de las grandes figuras intelectuales de España y América Latina laureadas con el Premio Cervantes desde 1976 hasta 1990. Las personalidades distinguidas con tal premio durante ese periodo fueron: Jorge Guillen (1976), Alejo Carpentier (1977), Dámaso Alonso (1978), Gerardo Diego (1979), Jorge Luis Borges (1980), Octavio Paz (1981), Luis Rosales (1982), Rafael Alberti (1983), Ernesto Sábato (1984), Gonzálo Torrente Ballester

(1985), Antonio Buero Vallejo (1986), Carlos Fuentes (1987), María Zambrano (1988), Augusto Roa Bastos (1989) y Adolfo Bioy Casares (1990).

La lista de galardonados es en sí misma impresionante, pues cada uno de los autores señalados ha legado a la cultura hispanoamericana obras de singular maestría y compromiso moral con el bien común y la libertad. Al leer los discursos de cada uno de ellos, su altura y hondura intelectual, y su vocación moral quedan más que confirmadas. Asimismo, cada lector tiene la posibilidad de elegir, entre esa rica muestra de talentos el de su preferencia, ya sea por su riqueza expresiva o su talante moral.

Ciertamente, tal elección no indica —no puede indicar— inferioridad o superioridad entre ellos, sino únicamente diferencias en temas y estilos que son las que los hacen autores singulares en la misma comunidad de idioma. Dicho esto, aunque con una fuerte inclinación hacia las ideas de Octavio Paz, no podemos dejar de sentir una atracción particular por dos de los homenajeados: Rafael Alberti y Juan Carlos Onetti.

Del primero —uno de los grandes poetas españoles del siglo XX—, conmueve, por un lado, su largo exilio en Argentina, la patria que lo acogió durante casi 24 años, tras su salida de España al sucumbir la República bajo la bota franquista. Ilumina, por otro lado, su soberbia obra poética y su elocuencia narrativa,

puestas de manifiesto en su discurso de recepción del Premio Cervantes. Honra, en tercer lugar, su reconocimiento a Rubén Darío, a quien Alberti llama el “gran profeta”, el “vaticinador”, el “prodigioso indio chorotega”, que “montó el Clavideño de la gran aventura renovadora de nuestra lírica” e “intuyó los grandes desastres de las dictaduras latinoamericanas” (p. 116). Abochorna, finalmente, saber que, como exiliado, fue rechazado en Guatemala y detenido en El Salvador —lo cual ofrece un motivo adicional para avergonzarse de la bajeza e ignorancia nuestras castas dirigentes de todos los tiempos.

Es inevitable citar aunque sea unos trozos de las “Letanías de nuestro señor Don Quijote”, de Rubén Darío, tomadas del poema citado *in extenso* por Alberti en su discurso.

*“Rey de los hidalgos, señor de los tristes,
que de fuerza alientas y de ensueños vistes
coronado de áureo yelmo de ilusión; que
nadie ha podido vencer todavía, con la
adarga al brazo, toda fantasía, y la lanza
en ristre, toda corazón...”*

*De tantas tristezas, de dolores tantos,
de los superhombres de Nietzsche, de
cantos áfonos, recetas que firma un
doctor, de las epidemias de horribles
blasfemias de las Academias,
¡libranos, señor!”*

*De Juan Carlos Onetti, el gran creador
y recreador uruguayo —en palabras
del Rey Juan Carlos— cala hondo
su modestia que, en su caso, no*

es mera pose, sino un gesto sincero de quien tuvo la valentía y la sabiduría de evitar a lo largo de su vida como intelectual la grandilocuencia vacía. Pocas personalidades intelectuales supieron sortear las trampas de la prepotencia y el desdén hacia los demás, como Juan Carlos Onetti, cuya sencillez y humildad —tal como se traslucen en su discurso de recepción del Premio Cervantes— conmueven por su sinceridad y por provenir de quien provienen.

“Yo nunca he sabido hablar ni bien ni regular —dice al inicio de su discurso el uruguayo—. La elocuencia, atributo muy hispánico, me ha sido vedada. Hablo mal en privado, por eso hablo poco en las pequeñas reuniones de amigos, y hablo peor en público, por lo cual sería mejor para ustedes que no les dijera nada” (p.61).

Más adelante, continúa:

“Que un hombre, a mi edad, se vea rodeado de pronto, sin merecerlas, de tantas formas de amor y de comprensión, ya es, en sí mismo, uno de los mejores dones que el destino puede depararle, un regalo de los dioses, algo que, por desgracia, sucede muy pocas veces” (p. 62).

Onetti y Alberti son dos grandes de la cultura hispanoamericana; el uno uruguayo, el otro español. También son grandes Paz, Fuentes, Zambrano, Sábato y quienes, como ellos, han sido distinguidos con el Premio Cervantes desde el que el mismo se instituyó en 1976. El libro *Premios Cervantes. Discursos, 1976-1990* recoge la palabra y el sentimiento de un puñado de esos

grandes de la cultura hispanoamericana. Ellos confirman —como dice el Rey Juan Carlos, en sus palabras de entrega del Premio a Jorge Luis Borges— que iberoamericanos y españoles tenemos “la patria común del idioma” y que “esa patria subsiste persiste en la orgullosa voluntad de escribir grandes obras, de levantar belleza, de golpear con hondas llamadas de exigencia en la conciencia colectiva” (p. 37).

LUIS ARMANDO GONZÁLEZ